



John Stuart Mill: *La cuestión negra* (1850)

Stuart Mill y su réplica a Thomas Carlyle sobre la inferioridad racial¹

Ricardo Cueva Fernández
Universidad Carlos III de Madrid
ricardo.cueva@uc3m.es

El texto que tengo el placer de presentar y traducir aquí es poco conocido entre los que redactó el autor de *On Liberty*, y sin embargo, íntimamente ligado a su concepción sobre el individuo humano y la sociedad en la que vivía. Y si debo decir esto sobre el escrito que nos ocupa, más aún debería insistir en la importancia coetánea del otro al que pretende oponerse, el *Occasional Discourse on the Negro Question* de Thomas Carlyle, por mucho que este último ahora nos parezca inusitadamente reaccionario.

Carlyle, nacido en Ecclefechan (Escocia) el 4 de diciembre de 1795, y fallecido en Londres el 5 de febrero de 1881, y más conocido como “el sabio de Chelsea” por su formidable erudición, fue un destacadísimo autor de su tiempo y que sin embargo, posiblemente a causa de las transformaciones acaecidas en el siglo XX, ha perdido gran parte del fulgor que le rodeó en su época. Su romanticismo le ha valido todavía ser estudiado en el ámbito de la creación artística literaria, siendo quizás *On Heroes and Hero Worship and the Heroic in History* (1841) su obra más conocida, pero ha perdido del todo el lugar destacado que pudo tener en el campo de las ideas políticas y la reflexión histórica, a las que se dedicó con ahínco tanto en aquel volumen como en otros de la clase de *The French Revolution: A History* (1837). Carlyle fue un hombre sumamente influido por escritores alemanes de la talla de Fichte, y por tanto defensor del idealismo frente a cualquier tipo de filosofía materialista o utilitarista (Sabine, 1992: 526). Precisamente su primera obra célebre fue *Sartor Resartus* (1836), una sátira sobre la escuela de Bentham y, en general, sobre lo que consideraba perniciosas ideas economicistas propias de su época y país, publicada en el *Fraser's Magazine* entre 1833 y 1834. Sería asimismo en este último año en el que marcharía a Londres con su esposa, abandonando su Escocia natal e introduciéndose en círculos literarios en los trazaría relación una relación al principio amistosa con John Stuart Mill (Kinser, 2011: 19).

Thomas Carlyle redactó su *Occasional Discourse* en un contexto sumamente importante, y al que precisamente se refería Mill al final del escrito que aquí traducimos. Se trataba de un instante histórico, 1849, en el cual los Estados Unidos se asomaban a una posible confrontación civil por causa de la esclavitud, aunque tal enfrentamiento no se concretase hasta 1861. En aquel entonces una serie de

¹ Este texto se enmarca dentro del proyecto DER2012-36142, “Identidades y ciudadanía. Fundamentos Político-jurídicos de la diversidad”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

estados amenazaban en el Sur con extender la institución a territorios todavía no esclavistas y una ley federal sobre Esclavos Fugitivos sería aprobada en 1850 (Davis, 1975: 35). Pero, sobre todo, el Reino Unido se hallaba ante una gran encrucijada que es la que preocupaba a Carlyle y obligaba a Mill a responderle. Como todos sabemos, el Parlamento inglés, tras una intensa campaña de los abolicionistas británicos, había suprimido en 1807 el tráfico de esclavos y la institución luego definitivamente en 1833, al establecer un período de trece años de transición como aprendices con el cual todos aquéllos serían hombres libres y el erario público pagaría indemnizaciones a sus antiguos propietarios con el fin de cerrar el intervalo (Harris, 1933: 50). Estas medidas no debe olvidarse que eran sostenidas con la premisa de que el trabajo libre arrojaría superiores rendimientos que el esclavo, base para la “*free labor ideology*” que habían profesado hombres como Adam Smith (Davis, 1975: 352, 353 y 356), al margen de la influencia existente también en grupos cuáqueros y políticos del estilo de William Wilberforce (Harris, 1933: 2 y 3, 10 y 11).

Pero la expectativa de este movimiento filantrópico no pareció ajustarse a las inmediatas ambiciones de los hacendados del Caribe (o “Indias Occidentales”: Antillas y Bahamas), quienes obtuvieron como compensación añadida un arancel proteccionista para la venta de su azúcar y tomaron diversas medidas de carácter coercitivo con el fin de dificultar la fase de “transición” del “aprendizaje” e impedir el cambio de estatus para los sometidos, incluyendo aquellas dirigidas a restringir sus movimientos, así como los castigos corporales y los racionamientos (Harris, 1933: 54-56). En breve las sociedades abolicionistas sufragaron la educación y el establecimiento de libertos en sus propios acres (Harris, 1933: 60 y 61) y el Parlamento optó por eliminar progresivamente el arancel citado (Harris, 1933: 63 y 64). Este es el contexto en el cual Carlyle, asustado por lo que entendía un complot de filántropos hipócritas y librecambistas a ultranza, eligió defender a los propietarios de las plantaciones con su *Occasional Discourse*.

No le fue difícil, dada su cosmovisión jerárquica, recibida en gran parte del calvinismo que había heredado desde su más temprana educación. Carlyle, tanto en *Chartism* (1839) como en *Past and Present* (1843), ya intentaba recuperar un idealizado pasado feudal en el cual los héroes conducían a sus “inferiores” a las metas más altas, construyendo comunidades e instituciones (Sabine, 1992: 635 y 636). En ese reparto de papeles, por tanto, los hombres del color del Caribe debían desempeñar una labor subordinada al hombre blanco, que era el que había hecho prosperar aquellas tierras y civilizarlas. Para el autor escocés, asimismo, desconocer la realidad de aquel orden natural suponía cerrar los ojos al hecho de que los asalariados ingleses, en manos de sus patronos, sufrían esas mismas penalidades que los defensores de los “negros” imputaban en exclusiva a los terratenientes caribeños.

John Stuart Mill escribió así su *The Negro Question* (1850) como respuesta un discurso que percibía como retrógrado, intentado socavar sus fundamentos mediante la fórmula hedonista y el método propios de la escuela de su padre, James Mill, y de su mentor Jeremy Bentham. Así, y en primer término, negó cualquier determinismo biológico *a priori*: los seres humanos, cualesquiera fuese su raza, no se hallaban *predestinados* a servir a otros. El fatalismo de Carlyle le parecía insostenible, sin base en la biología ni en la ciencia, ni mucho menos en cualquier estudio sociológico o histórico, como intentaba demostrar con el estafalario supuesto de los egipcios. Para Stuart Mill, pues, el combate con la esclavitud no ha dado por concluida la senda del progreso: deben quedar eliminadas lo antes posible, asimismo, aquellos tipos de sujeción demasiado parecidos, como ya



señalaría luego en su *The Subjection of Women* (1869), e incluso en su *On Liberty* (1859), donde diría que no resultaba aceptable siquiera un pacto para venderse como esclavo (Mill, 1977: 299). La libertad le pareció a Mill un bien inalienable, lo cual le condujo a elogiarla más que sus antecesores utilitaristas, una opinión que le convierte, de esta forma, en uno de los progenitores de los derechos morales y la autonomía personal modernas.

De hecho Carlyle no llegaba a abogar en su texto propiamente por el retorno a la esclavitud, consciente como era del impulso del momento. La diferencia principal entre ambos autores estriba, pues, en sus discrepancias sobre hasta dónde resulta justificable la subordinación de unos hombres a otros. Para Mill, hijo del tipo de economía política señalada, capital y trabajo eran complementarios y se ubicaban dentro del mercado de la oferta y la demanda, y esta organización productiva compuesta de ambos elementos obedecía a la satisfacción racional de necesidades, que además resultaría mejor en tanto en cuanto se redujera la cantidad de dolor existente. Carlyle, por el contrario, no se halla en absoluto preocupado por esa cuestión, puesto que para él “necesidad” es precisamente la subordinación social en sí misma: cada uno debe cumplir su cometido en el Universo de acuerdo con la función asignada por su Creador.

A Mill le acompañaba, pues, el avituallamiento de una economía política clásica que se remontaba a Adam Smith y que había sido continuada por hombres como David Ricardo (1772-1823) o Thomas Malthus (1766-1834). Toda esa corriente de pensamiento, acostumbrada a hablar de precios, salarios o capital, entendía que la esclavitud no tenía hueco en su sistema, y de nuevo era difícil dilucidar en tal postura donde empezaba la mera filantropía y dónde la asunción de una eficiencia mayor para las sociedades donde existiera el trabajo asalariado en lugar del esclavismo. En este sentido, desde luego, hay que referirse al predominio intelectual del abolicionismo en círculos amplísimos de la sociedad británica (desde los más pudientes hasta los trabajadores organizados en plataformas cartistas, desde los no creyentes hasta los cuáqueros), y por tanto de una fuerza con avances indudables y la férrea voluntad de no volver atrás, como también parece recordarnos Stuart Mill en su escrito. El autor de *On Liberty* entiende que toda aquella tradición emancipadora, que había supuesto desde el boicot a los productos de las plantaciones hasta el rescate de esclavos o el pago por su liberación, pasando por diversas medidas parlamentarias o judiciales, era nada menos que una tarea nacional, una empresa que identificaba al Reino Unido frente a otros Estados y que la situaba en cabeza de los países más avanzados del momento: tal era el valor de “*the laws of the English nation*” (*Negro Question*). La pregunta que podríamos hacernos, sin embargo, e inmediatamente a continuación, es la de cuál era el papel de aquel país en el concierto mundial del momento, asomando como estaba bajo la faz de un “imperio”.

El episodio protagonizado por el gobernador Eyre en Jamaica en 1865 viene a ofrecernos una interesante reflexión acerca de hasta dónde estaba dispuesto a llegar Stuart Mill en la crítica al propio Reino Unido en relación con la emancipación de pueblos o razas. Si bien resultó claro su apoyo a la Unión contra los estados del Sur durante la Guerra Civil americana, como demostraría en sus textos *The Contest in America* y *The Slave Power* (1862), sin embargo no adoptaría después y durante el desarrollo de aquel episodio caribeño una postura tan favorable a la emancipación política de los hombres de color. En aquella fecha se produjo una rebelión negra liderada por Paul Bogle y en la que supuestamente se hallaba implicado George William Gordon, un popular miembro mulato de la asamblea colonial, y que obtendría una respuesta inmisericorde de Eyre bajo la ley marcial, siendo destruidas

miles de viviendas, y ejecutadas, torturadas y azotadas varios cientos de personas, entre ellas los dos hombres citados (Schultz, 2007: 114). Todo esto produjo la reacción de una buena parte de la opinión pública contra sus medidas, constituyéndose un *Jamaica Committee* formado por Charles Darwin, T. H. Huxley, Spencer y John Stuart Mill y que sería a su vez replicado por el que compusieron Tennyson, Ruskin, Dickens y el propio Carlyle para defender a Eyre (Schulz, 2007: 123, nota 56). La intención del primero era la de llevar a los responsables de las atrocidades ante la justicia (Sullivan, 1983: 611), pero no la de pronunciarse sobre un posible abandono de la isla o el reconocimiento de un mayor autogobierno en el que los hombres de color dispusieran del sufragio (Schulz, 2007: 114 y 115). Para Mill determinados pueblos puede que mantuvieran su situación como “rezagados” en la senda del progreso sólo de forma estacionaria, pero la padecían sin duda, así que convenía distinguir entre países civilizadores y aquellos que no pudieran serlo. En *State of Society in America* (1836) ya había afirmado que existían entonces “cuatro grandes naciones, Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos”, poseyendo “cada una de ellas (...), ya sea en su condición social, en su carácter nacional o en ambos, algunos puntos de indiscutible superioridad sobre los demás” (Mill, 1977: 94) y ubicándose otras, como por ejemplo China, en una situación precisamente “estacionaria” (“De Tocqueville on Democracy in America”, 1835, en Mill, 1977: 197). Por añadidura, Mill dedicaría todo el capítulo XVIII de su *Representative Government* (1861) a justificar el gobierno colonial y en su *On Liberty* (1859) reiteraría que existían “sociedades atrasadas” con “razas en minoría de edad” (Mill, 1977: 224).

En consecuencia, el Reino Unido debía mantener sus colonias en distintos lugares, como la India (Mill, 1963: 365²) o el Caribe, porque esto posibilitaría a sus habitantes avanzar hacia un estadio superior de la evolución humana, en una teoría muy congruente con la doctrina comteana que tanto había admirado Mill, pero poco con su concepción de la libertad como autonomía esbozada en *On Liberty*. Esta postura se hallaba a su vez reforzada por su economía política (*Principles of Political Economy*, 1848³), tomada en gran parte de Edward Gibbon Wakefield (1796-1862), quien había defendido la colonización de los países más avanzados, de manera que se diera salida a la acumulación de capital seguida asimismo de la correspondiente emigración (Semmel, 1961: 514 y 522, y Sullivan, 1983: 609). No cabe escaparse del todo, por tanto, a una posible crítica a Mill que retome la imputación de racista encubierto, o cuanto menos de etno o eurocentrista. Aunque renuente a señalar la manera específica en que operaría la raza en los rasgos concretos de las sociedades (Varouxakis, 1998: 21), y utilizando el concepto de forma que incluía referentes culturales y no sólo biológicos y que se deslizaba de un plano a otro sin solución de continuidad, es claro que no todos los grupos humanos poseían el mismo valor para Mill, al menos en su proyección histórica, y que el Reino Unido tenía una misión o tarea civilizadora en el planeta.

Ahora bien, cabe asimismo entender la actitud de Stuart Mill hacia las colonias, muy especialmente hacia las de la India y el Caribe, como extensión de una postura que fue siempre reformista y nunca revolucionaria. El autor del texto traducido aquí simpatizó con distintos movimientos de su época que abogaban por cambios sociales, económicos y políticos, pero fue muy cuidadoso en su defensa de métodos drásticos o sencillamente violentos, pese a sus deliberadas ambigüedades (Williams, 1989). Así, en su insistencia en apoyar a Lincoln durante la Guerra de Secesión se preocupó mucho de probar que los agresores habían sido los estados

² Carta dirigida a J. P. Nichol, diciembre de 1837.

³ Véase el comentario de Sullivan, 1983: 607-609; que demuestra que la mantuvo también tardíamente.

de la Confederación (Mill, 1984: 132), de manera que a su “ilegítima” causa moral se le había añadido su “injustificada” ruptura constitucional⁴, y por otra parte mantuvo su respaldo de todas maneras a la neutralidad británica, puesto que otra postura habría significado que americanos e ingleses se “despedazaran” (Mill, 1984: 127). De esta forma, y para llevar las cuentas certeras del utilitarismo, debía siempre considerarse que pasar demasiado deprisa de un estadio a otro, y a salvo circunstancias como la expuesta, podría causar más dolor del que se intentaba evitar. Tal cosa es la que para Mill habría ocurrido de haberse sostenido la necesidad de que los jamaicanos se independizaran en 1865, algo que de todas maneras los rebeldes no parecieron defender⁵, o la de reconocerles allí a todos los hombres de color el sufragio, medida respecto a la cual resulta conocido que el autor del *Representative Government* siempre fue más bien cicatero, incluso para la propia Inglaterra.

Bibliografía

- DAVIS, M. B. (1975), *The Problem of the Slavery in the Age of Revolution: 1770-1823*, Oxford University Press, Ithaca.
- HARRIS, J. (1933), *A Century of Emancipation*, J.M.Dent & Sons, London.
- KINSER, B. E. (2011), *The American Civil War in the Shaping of British Democracy*, Algate, Farnham.
- MILL, J. S. (1963), *The Collected Works of John Stuart Mill, Vol. XII, The Earlier Letters of John Stuart Mill 1812-1848 Part I*, MINEKA, F. (ed.), University of Toronto Press, London.
- MILL, J. S. (1972), *The Collected Works of John Stuart Mill, Vol. XVI, The Later Letters of John Stuart Mill 1849-1873 Part III*, MINEKA, F. (ed.), University of Toronto Press, London.
- MILL, J. S. (1977), *The Collected Works of John Stuart Mill, Vol. XVIII, Essays on Politics and Society Part I*, ROBSON, J. (ed.), University of Toronto Press, London.
- MILL, J. S. (1984), *The Collected Works of John Stuart Mill, Vol. XXI, Essays on Equality, Law, and Education*, ROBSON, J. (ed.), University of Toronto Press, London.
- PADOVER, S. K., ed. (1972), *Karl Marx on America and the Civil War (The Karl Marx Library, vol. II)*, McGraw-Hill, New York.
- SABINE, G. H. (1937), *A History of Political Theory*, Holt, Rinehart and Winston Inc., New York.
- SABINE, G. H. (1992), *Historia de la teoría política*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- SEMMELE, B. (1961), “The Philosophic Radicals and Colonialism”, *The Journal of Economic History*, Vol. 21, 4, pp. 513-525.
- SCHULTZ, B. (2007), “Mill and Sidgwick, Imperialism and Racism”, *Utilitas*, Vol. 19, 1, pp. 104-130.
- SULLIVAN, E. P. (1983), “Liberalism and Imperialism: J.S.Mill’s Defense of the British Empire”, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 44, Núm. 4, pp. 599-617.
- VAROUXAKIS, G. (1998), “John Stuart Mill on Race”, *Utilitas*, Vol. 10, 1, pp. 17-32.
- WILLIAMS, G. (1989), “J. S. Mill and Political Violence”, *Utilitas*, Vol. 1, 1, pp. 102-111.
- WINTER, S., “On the Morant Bay Rebellion in Jamaica and the Governor Eyre-George William Gordon Controversy, 1865-70” *BRANCH: Britain*,

⁴ Véase la carta dirigida a D. Urquhart en octubre de 1866 (Mill, 1972: 1205 y 1206)

⁵ Los terratenientes llegaron a acariciar precisamente esa idea, e incluso su posible incorporación a los Estados Unidos antes de la Guerra de Secesión, dado que se resistían a la política del gobierno británico en la isla (Winter, 2014: 3)

Representation and Nineteenth-Century History, FRANCO, D. (ed.), extensión de *Romanticism and Victorianism on the Net*. Disponible en: http://www.branchcollective.org/?ps_articles=sarah-winter-on-the-morant-bay-rebellion-in-jamaica-and-the-governor-eyre-george-william-gordon-controversy-1865-70. Revisado el 17 de septiembre de 2014).



La cuestión negra (1850)¹

John Stuart Mill

Señor,

Su último número mensual contiene un discurso contra los “derechos de los negros”, cuya doctrina y espíritu no deberían quedar sin respuesta. El autor expone sus opiniones, o mas bien mandatos, bajo imponentes auspicios: nada menos que aquellos de los dioses inmortales. “Las Potencias” y “las Parcas” anuncian a través suyo, no solamente lo que ocurrirá, sino también lo *que se hará*, y en suma todo lo que aquéllas “han decidido por medio de su eterna y suprema ley”. Esta es la manera en que se expresa “alguien con autoridad”, pero, ¿autoridad respecto a quién? Podemos juzgarle por la calidad del mensaje que envía, no por que posea poder alguno al que los hombres justos o buenos reconozcan obediencia. Aquella ley denominada “eterna y suprema” no es nueva en absoluto, sino la vieja ley del más fuerte, una ley contra la cual han clamado los grandes maestros de la Humanidad en todas las épocas, la ley de la fuerza y la perfidia, la ley que prescribe que si uno resulta ser más poderoso que otro entonces es su “señor” por naturaleza, de forma que figure como alguien nacido para “servirle”, “obligado a trabajar” para él mediante “la vara benévola” si no resultan disponibles otros sistemas. No percibo nada de divino en este mandato. Si “los dioses” desearan tal cosa, en todo caso, es el primer deber de la Humanidad resistirles. Tales divinidades en ningún caso resultan omnipotentes, por la sencilla razón de que los poderes que cobijan la tiranía humana y la injusticia no pueden conseguir su propósito a no ser que los seres humanos lo acepten. La historia del progreso humano es la de un combate reñido pulgada a pulgada con poderes maléficos y en la que se ha salvado paulatinamente mayor porción de vida del inicuo dominio de la ley del poderoso. Aún queda mucho para suprimirla, puesto que resta muy abundante trabajo por hacer; pero el progreso conseguido hasta ahora en ello es el logro mejor y más grande de la Humanidad y sería difícil que se empezase a *retroceder* en este período universal en que debiéramos disfrutar de grandes reformas en los asuntos humanos.

Se comenta que la época, sin embargo, padece una enfermedad más perniciosa y que infecta todos sus procederes, y de la cual la conducta de este país en relación con los negros configuraría un síntoma relevante, a saber, la Plaga de la Filantropía. “Hundida en los profundos océanos de la Benevolencia, la Fraternidad, el principio Emancipador, la Filantropía Cristiana, y otros rostros amigables, pero la mayoría de ellos sin fundamento alguno y definitivamente con una jerga rencorosa y confusa”, producto de “corazones carentes de cualquier seria directriz y escépticos con respecto a cualquiera, ya sea cristiana, ya pagana”, las especies humanas “son reducidas a creer sólo en un sentimentalismo de color rosa”. A continuación señalaré algo precisamente acerca de esta condición que se alega sobre las especies humanas. Pero primero debo corregir una cuestión de hecho a mi adversario anti-filantrópico. Pues resulta que ignora enteramente la gran revuelta de

¹ Traducción de Ricardo Cueva Fernández. La versión original en lengua inglesa se publicó en *Fraser's Magazine for Town and Country*, Vol. XLI, pp. 25–31. El texto original resulta disponible en <http://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=hvd.32044092641992;view=1up;seq=33> (fecha de consulta: 18 de agosto de 2014).

la conciencia nacional de esta tierra contra la esclavitud y el mercado negrero, cuando supone que se ha tratado tan sólo de una cuestión sentimental. Lo cierto es que no dependió de los sentimientos humanos más de lo que cualquier causa que apela a ellos de forma necesaria. Sus primeras victorias fueron obtenidas mientras el látigo aún regía inmovible en los barracones, así como la vara en las escuelas, y mientras los hombres todavía eran colgados a docenas por robar el valor de cuarenta peniques. Triunfó porque era la causa de la justicia; e, incluso, de acuerdo con la gran mayoría de sus apologistas, también de la religión. Sus líderes e impulsores fueron personas con un firme sentido del deber moral y quienes además, en el espíritu de la religión de su tiempo, raramente hablaron demasiado de benevolencia y filantropía, sino de obligación, crimen y pecado. Por cerca de dos siglos muchos tuvieron en propiedad hombres negros, varios miles anualmente, habiendo sido capturados mediante la fuerza o la traición y transportados a las Indias Occidentales para trabajar hasta la muerte, literalmente hasta su fallecimiento; porque fue la máxima heredada, el dictado reconocido de la economía excelente, conducirlos de manera tan rápida como se pudiera e importar más. En esta operación fueron incluidas asimismo toda posible crueldad, tiranía y opresión injusta. El motivo de los propietarios esclavistas fue el amor al oro; o, acercándonos más a la verdad, la vulgar o pueril ostentación. He comprendido que los seres humanos no han hecho con su prójimo ninguna cosa más detestable en lugar alguno del planeta. Y es un sarcasmo establecer cualquier comparación con Irlanda. Aquel fenómeno se condujo, no como en el caso de la pobreza irlandesa, porque Inglaterra careciera de modo de prevenirla, no meramente por omisión, sino por obra de las propias leyes de la nación inglesa. Al fin, sin embargo, hubo hombres en creciente número que resolvieron no descansar hasta que la iniquidad quedara extirpada; que convirtieron su destrucción en la ocupación y finalidad de sus vidas, de la misma forma que los hombres ordinarios buscan sus intereses; que no satisfechos con debilitar sus crueles rasgos, y haciéndola menos tolerable a la exposición pública, no pararían hasta su extinción total e irrevocable. Me hallo muy lejos de considerar despreciable esta resolución, la cual, en mi modesta opinión, fue formada y ejecutada por personas que merecen ser nombradas entre aquellas que, aunque no demasiado numerosas en ninguna época, y que han conducido sus nobles vidas de acuerdo con su entendimiento, han dejado a la Humanidad una deuda de eterna gratitud.

Después de cincuenta años de esfuerzo y sacrificio se alcanzó la meta y los negros, liberados del despotismo de sus congéneres, pudieron hacer uso de su libre albedrío y de las oportunidades que los acuerdos de la sociedad existente suministran a aquellos que no tienen otro recurso salvo su trabajo. Estas oportunidades a su vez probaron serles favorables, porque en los últimos diez años han ofrecido el inusual retrato de una clase trabajadora cuya tarea merece tan alto valor que puede erigir cómodamente salarios compatibles con una cantidad de trabajo cuantitativamente pequeña. Esto es un inconveniente para los antiguos esclavistas; pero no he oído que ninguno de ellos se haya visto reducido a mendigar su pan o cavar por él, cosa que el negro aún debe hacer, a pesar de cuan escandalosamente lo disfrute; de hecho, parece que aquéllos sólo han sufrido la merma de algún que otro lujo como mucho, lo cual no implica una justicia retributiva demasiado dura, y quienes han perdido su poder tiránico quizás se vean como afortunados si se mantienen en el nivel de solvencia anterior, tratándose ésta en todo caso de una rebaja que no tiene por qué ser sufragada por la nación: si no puede conseguir más ingresos sin aumentar sus trabajadores, dejemos que los encuentren y les traigan desde donde puedan, pero nunca por la fuerza. Y eso aunque no opine así su misántropo colaborador. Que los negros deberían existir y disfrutar de su vida, con tan poca tarea, es un escándalo a su ojos, y peor siempre que su esclavitud anterior. Debe ponérsele freno a cualquier precio. Él “no desea



verles” esclavizados de nuevo, “si tal cosa se pudiera evitar”, pero sin duda “tendrán que servir”, siendo así “sirvientes de los blancos”, “obligados a trabajar”, y a “no haraganear ni un minuto”. El “Africano del Caribe” [Black Quashee], “ahíto de calabazas”, y “trabajando alrededor de media hora al día”, resulta para él la madre de todas las abominaciones. Yo mantengo un combate tan serio contra sus principios que no tengo tiempo para debatir sobre los hechos; déjenme recordarles tan sólo como escoge fácilmente lo que le conviene. Así, y como lee algún informe sobre una huelga por salarios en Demerara, tal y como el quizás lea sobre lo mismo en Manchester, traza a continuación un cuadro de la inactividad del negro copiado de las profecías más burdas del partido esclavista antes de la emancipación. ¿Acaso si fuera verdad que los negros no trabajaran más que “media hora diaria” serían las cosechas de azúcar tan excelentes como lo son de hecho en general salvo en épocas malas, y de acuerdo con lo que señala el índice aduanero, sin aflojar con respecto al período esclavista? Pero no son tanto los hechos que implica la pregunta, como el asunto de su presunta moralidad, lo que me cuido de disputar con su colaborador.

Un hombre negro que no trabaje más que lo que su colaborador afirma que trabaja, dice él que es una “ofensa a la vista”, una “pústula en la piel del estado”, y muchas cosas igualmente desagradables, debido a que el gran deber del ser humano es el de trabajar. “Realizar un trabajo competente, laborar honestamente de acuerdo con las habilidades que a cada uno se le ha concedido, para ese y no para otro propósito fuimos todos traídos al mundo”. Quien quiera que le impida a alguien seguir su “sagrado designio de trabajar mientras vive en el planeta”, resulta ser su “enemigo más encarnizado”. Si fuera su “propia indolencia” la que se lo impide, “el primer *derecho* que tiene” es el de que todas las personas más sabias e industriosas “le obliguen, por medios inteligentes, a realizar el trabajo para el que es apto”. ¿Por qué no decir al mismo tiempo, entonces, que con ciertos “medios inteligentes” deberían corregirse todas las cosas en el mundo? Mientras estemos en esa senda, la sabiduría debería ser sugerida como remedio para todos los males, y no sólo para uno. Su colaborador incesantemente ruega al cielo para que toda la persona, negra y blanca, disponga del “derecho divino a ser obligado, si no lo hace de forma voluntaria, a realizar el trabajo que se le ha asignado”. Pero como todo esto no puede ser aún convenientemente puesto en práctica, debe empezarse por los negros, haciéndoles trabajar *para* ciertos blancos, resultando así que estos últimos *no* trabajarán en absoluto; esta es la manera es que “el eterno propósito y la voluntad suprema” quedarán satisfechos, y “la injusticia”, que resulta “siempre odiosa”, pueda cesar.

Tan ramplona teoría de su colaborador sobre el laborar es bien conocida por todos, aunque algunas personas quizás no se hallen preparadas en el mismo grado para una confiada aplicación de la misma. Déjeme decirle unas pocas palabras sobre este “espíritu del trabajo” que, a mi entender, merece la denominación de hipócrita más que aquello a lo que dice oponerse, mientras que la verdad que contiene se halla inconmensurablemente más lejos de ser cierta que la que se halla en las palabras Benevolencia, Fraternidad o cualquier otra de aquel supuesto catálogo de frivolidades. Para conceder un significado a la palabra labor, antes que nada debe conocerse qué es lo que implica. ¿Supone todo lo que la gente *hace*? No; o no se reprocharía a la gente sólo el no trabajar específicamente. ¿Significa ejercicio extenuante? No, porque para muchos un día empleado en un juego físico incluye más fatiga muscular que un día arando. ¿Implica esfuerzo *útil*? Pero su colaborador precisamente satiriza la idea de utilidad. ¿Supone que todo el mundo debería ganarse la vida? Pero algunos consiguen su sustento sin hacer nada, y otros causando daño; y los negros, a quien aquél mismo desprecia, incluso ganan mediante el trabajo las “calabazas” que consumen y la bisutería que visten.

Pienso que el trabajo no es bueno en sí mismo. No hay nada digno de alabanza en el trabajo como tal. Trabajar voluntariamente por un objeto valioso es encomiable; pero, ¿qué es lo que constituye una meta valiosa? Acerca de este asunto, el oráculo cuyo profeta es su colaborador no ha conseguido nunca manifestarlo. Se revuelve en un círculo infinito alrededor de la idea de trabajo, como si levantar la tierra o conducir una nave o sostener una pluma fueran fines en sí mismos, y fines además de la existencia humana. Aun el más sublime servicio a la Humanidad no es valioso por razón del trabajo que se le dedica; su importancia descansa en el propio servicio, y en la voluntad de suministrarlo, y de cuyos nobles sentimientos es su fruto; y si la nobleza de la voluntad es demostrada mediante otra evidencia distinta al trabajo, por ejemplo, el peligro o el sacrificio, mantiene el mismo valor. Mientras hablemos sólo de trabajo, y no acerca de su objeto, estaremos lejos de la raíz del asunto; o incluso si se pudiera hablar de que hemos dado con tal raíz, carecerá de flor o fruto alguno.

En el presente caso parece que un noble objeto del trabajo sería el de cultivar “especias”. “Los dioses desean que, junto con las calabazas, las especias y los productos importantes crezcan en la Indias Occidentales”, es decir, los “nobles alimentos de la canela, el azúcar, el café, la pimienta negra y la gris”, todas ellas “más nobles que la calabaza”. ¿Pero, por qué? ¿Es lo que sostiene la vida, inferior en dignidad a lo que sólo gratifica el sentido del gusto? ¿Es el veredicto de los “dioses inmortales” que la pimienta sea noble, y la libertad (incluso la liberación del látigo) despreciable? Pero las especias conllevan “comercio, arte, política y avances sociales”. Quizás, ¿pero de qué clase? Cuando han de ser producidas por esclavos, “la política y los avances sociales” son aquellos a los que el mundo, espero, no elegirá permanecer atado durante mucho más tiempo.

La valía del trabajo consiste seguramente en conducir a otra labor, y ésta a su vez a otra tarea, y así hasta el infinito. Por el contrario, la multiplicación del trabajo, para propósitos que carezcan de valor, es uno de los males de nuestra presente condición. Cuando la justicia y la razón sean la norma de los asuntos humanos, una de las primeras cosas a las cuales quizás resulten aplicadas se relacione con la pregunta acerca de cuántos de los denominados lujos, comodidades, refinamientos y ornamentos de la vida son tan valiosos como para que el trabajo encaminado a ellos merezca la pena. El embellecimiento de la existencia es tan valioso como útil un objeto encaminado a sostenerlo, pero solamente un gusto viciado puede percibir tal fin en aquellas frivolidades de la denominada civilización y que miríadas de manos y tantas vidas se hallan ocupadas y malgastadas en suministrar. En oposición al “espíritu del trabajo”, yo defendería el espíritu del ocio, y mantengo que los seres humanos *no pueden* alcanzar los mejores atributos de su naturaleza al tiempo que padecen una vida repleta de trabajo. No incluyo aquí bajo el nombre de trabajo aquella labor, si así puede ser llamada, que es realizada por escritores y consejeros, una ocupación, que, dejando la vanidad de su empeño, no puede ser designada con el mismo término que el del trabajo real, el extenuante, rígido, atosigante trabajo esforzado de todos los tipos y propio de operarios agrarios e industriales. Reducir de manera destacable la cantidad de trabajo requerida para la existencia es tan necesario como distribuirla más equitativamente; y tienden a ese resultado tanto el progreso de la ciencia como la mayor influencia de la justicia y el buen sentido.

Hay una porción de trabajo exigida por el hecho de la propia existencia de cada uno. Nadie podría existir al menos que trabajara él o alguien o en su lugar. Así que todo individuo está ligado, por causa de la justicia, a realizar su parte; y la sociedad tiene un derecho incontestable a señalar a toda persona que si no trabaja

y esta labor resulta necesaria, no podrá comer. La sociedad no ha compelido a este derecho, habiendo pospuesto la regla de la justicia a otras consideraciones. Pero existe una creciente demanda para que ocurra así tan pronto como exista un plan tolerable diseñado para tal propósito. Si este experimento ha de ser probado en las Indias Occidentales, que lo sea imparcialmente y dejemos así que todo el producto pertenezca a aquellos que realizan el trabajo que lo origina. No deberíamos tener asalariados negros obligados a cosechar especias que no quieren, ni permitir a los propietarios blancos que no trabajan cambiarlas por residencias en la Plaza de Belgravia. De esta forma no retiráramos de los blancos más que de los negros el “derecho divino” de ser obligado a trabajar. Dejémosles la misma parte en lo que producen que en lo que ofrecen como trabajo. Y si no les gusta, dejémosles permanecer como están, tanto como les sea permitido y lo admita la oferta y la demanda.

Las nociones de justicia y derecho de propiedad de su colaborador son, por el contrario, distintas a las señaladas. De acuerdo con ellas, todas las Indias Occidentales pertenecen a los blancos: los negros no tienen derechos aquí, ni siquiera a la tierra o al alimento, sino sólo a sufrir. “No fue *Black Quashee*, o aquellos a quienes representa, quien convirtió a las Indias Occidentales en lo que son ahora”. Reconozco que estos que suministraron los músculos y tendones tuvieron realmente algo que ver con el asunto. “Bajo el suelo de Jamaica los huesos de miles de británicos”-“el bravo coronel Fortescue, el bravo coronel Sedgwick, el bravo coronel Brayne”, y otros muchos, “vinieron a descansar”. Pero, ¿cuántos cientos de miles de hombres africanos dejaron sus huesos yacer allí, después de haber vivido bajo el yugo de una tortura lenta o salvaje? Ellos podrían haber hecho lo mismo y mejor sin el coronel Fortescue, que lo que el coronel Fortescue podría haber hecho sin ellos. Pero resulta que él era más fuerte, y podía “obligarles”; lo que hicieron y sufrieron, en consecuencia, no sirvió para nada. Y no sólo eso, sino que además ellos *no hubieran podido* cultivar aquellas islas. “Nunca de su propia habilidad” (la del negro) “podría haber crecido una sola calabaza para el solaz humano”. Ellos cosecharon calabazas, sin embargo, y más cosas, en un país muy similar, su África nativa. Se nos insta a mirar a Haití: pero, ¿qué es lo que su colaborador conoce de Haití? “Poco o ninguna cosecha de azúcar, el negro Pedro exterminando al negro Pablo, y allí donde el jardín de las Hespérides podría crecer, no hay nada salvo unas chozas y una jungla pestilente” ¿Vamos a escuchar argumentos basados en habladurías como esta? ¿En qué la negra Haití resulta ser peor que el México blanco? Si fuera conocida la verdad, ¿cuánto peor que la España blanca sería realmente?

Pero la gran doctrina ética del Discurso, que nunca fue propuesta de manera más condenable por un presunto reformista moral es la de que una clase de seres humanos es sirviente de otra. “Tendréis que ser sirvientes”, ordena a los negros, “de estos que son de manera innata más sabios que vosotros, que son vuestros señores por naturaleza, sirvientes de los blancos si son (¿y qué mortal puede dudarlo?), más sabios que vosotros de manera innata”. La letra absurda de sus manifestaciones no aguanta en pie; pertenece al amaneramiento que le cautiva como a un niño su ropita. Por “ser de manera innata más sabio”, supongo que quiere decir nacido con mayor capacidad de sabiduría: una proposición que afirma, ningún mortal puede poner en duda en relación con los blancos, pero que me atrevo a decir, una completa mayoría de todas las personas con uso de razón o que han puesto atención en la materia, la ponen en duda o la rechazan. Entre las cosas por las cuales su colaborador profesa una entera falta de respeto, es por el examen analítico de la naturaleza humana. Es gracias al método analítico que hemos aprendido cualesquiera cosas de la naturaleza externa; y si no hubiera desdeñado aplicar el mismo modelo de investigación a las leyes de la formación del carácter,

habría escapado del vulgar error de imputar cualquier diferencia que halla en los seres humanos a una diferencia original y de carácter natural. Se ha dicho que dos árboles, naciendo ambos del mismo suelo, sólo pueden ser distintos en cuanto a su altura o vigor por causa de su semilla original. Pero entonces, ¿no hay nada que atribuir al suelo ni al clima o la diferente exposición solar, ninguna tormenta ha removido un árbol y no el otro, ni el relámpago los ha dañado en distinta forma, o tampoco se han cebado en ellos de diferente forma las bestias o los insectos, ni algún forastero roto sus hojas o su corteza de manera separada? Si los árboles crecieran cerca uno del otro, quizás no haya ocurrido que, por accidente, el crecimiento de uno haya retardado el desarrollo del otro que se encuentra a su sombra? Los seres humanos están sujetos a una variedad de accidentes e influencias exteriores infinitamente mayores que las de los árboles, y tienen una participación mucho más extensa en la desigualdad del crecimiento de los demás, desde el momento en que quienes empiezan por ser más fuertes suelen asimismo emplear su poder para mantener débiles a los demás. Acerca de cuáles son las diferencias originales entre los seres humanos, no sé más que su colaborador, y tampoco menos; se trata de una pregunta aún no respondida satisfactoriamente en la historia natural de las especies. Asimismo, es bien conocido que la mejora espontánea, más allá de cierto grado -la mejora por el desarrollo interno, sin ayuda de otros pueblos o individuos- es uno de los fenómenos más raros en la Historia, y que donde quiera que se sepa ha ocurrido, el resultado fue una combinación extraordinaria de ventajas y que hubo además innumerables accidentes de los cuales se ha perdido hoy toda traza. Ningún argumento contra la capacidad de los negros en su mejora puede ser consistente de no ser que estuviéramos ante una de esas raras excepciones. E incluso resulta sorprendente que tengamos los motivos más sólidos para sostener que la civilización más temprana de la que hayamos oído hablar sea con toda probabilidad una civilización negra. Así, se desprende por sus esculturas que los egipcios fueron de raza negra: fue de los negros, por tanto, de quienes los griegos aprendieron sus primeras lecciones civilizadoras; y los filósofos griegos recurrieron al final de su andadura (aunque quizás sin excesivos resultados) al legado y tradiciones de aquellos negros como un tesoro de misteriosa sabiduría. Pero de nuevo renuncio a toda ventaja que me puedan conceder los hechos: aunque fueran los blancos innatamente superiores en inteligencia a los negros, y capacitados por la naturaleza para instruirles y aconsejarles, no sería menos monstruoso aseverar que por tanto tienen derecho a someterles por la fuerza, o a engañarles merced a su habilidad superior; o a arrojarles a las penalidades y durezas de la vida, reservándose, bajo la incorrecta denominación de trabajo, sus principales placeres.

Si tuviera que señalar, aun con los mas escuetos términos, todo punto vulnerable en el *Discurso* de su colaborador, produciría una disertación más larga que esta. Un ejemplo añadido, sin embargo, debería bastar. Si se demanda trabajo, resulta una idea obvia la de traer trabajadores y, por tanto, si los negros son los mejor adaptados al clima, traerles precisamente a ellos. Este es un modo de ajustar el equilibrio entre trabajo y trabajadores que concuerda bien con los principios heredados: no se trata de nada previo o posterior a las éticas existentes en el mundo, y dado que conseguiría el objetivo de hacer trabajar a los negros más, su colaborador, cabe suponer, lo habría aprobado. Pero, por el contrario, esta perspectiva es para él la peor de todas; porque si “los nuevos africanos, después de trabajar un poco”, “tomaran tantas calabazas como los demás”, o si muchos de ellos vinieran y fuesen obligados a trabajar para vivir, habría un “Irlanda negra”. Los mercados laborales admiten tres posibilidades y no, como todo esto implicaría, solamente dos. Primero, los trabajadores pueden vivir sin trabajar, que se afirma es el caso de Demerara; o segundo, el supuesto más típico, pueden vivir gracias al trabajo, pero deben laborar para mantener su existencia; o en tercer lugar, no

pueden conseguir suficientes medios de vida con su trabajo, que es el caso de Irlanda. Su colaborador percibe sólo los casos extremos, pero nunca que exista el que se halla en medio. Si los africanos son importados piensa que, o bien existirán tan pocos que no necesitarán trabajar, o bien tantos, que aunque trabajen no serán capaces de sobrevivir.

Déjeme decir unas pocas palabras sobre el combate genérico de su colaborador con los tiempos que corren. Toda época tiene sus errores, y tal cosa debe reconocérsele a quienes los critican. Nuestra propio tiempo exige este servicio tanto como otros; pero no para concluirse que es una degeneración del pasado, porque sus errores son diferentes. Debemos ser cuidadosos, además, de confundir sus virtudes con errores, y ello simplemente porque es inevitable que unos y otros se mezclen y ofrezcan así cierta textura. Su colaborador piensa que la época tiene demasiada humanidad, que se halla ansiosa de suprimir el dolor. Pero yo en cambio afirmo que resulta culpable de manera brumadora de ser indiferente a la materia y señalo los informes policiales diarios para demostrarlo. No estoy acusando, empero, a la parte brutal de la población, sino a toda ella; si fuera suficientemente humana, habría conseguido hace largo tiempo impedir las actuales atrocidades de carácter habitual. No es por exceso de buenas cualidades por lo que la época está equivocada, sino por su defecto -defecto incluso de filantropía, y aún más de otras necesarias para equilibrar y dirigir su filantropía. Una "Asociación para la abolición universal del dolor" quizás pueda servir para el sarcasmo, pero, ¿puede acaso indicarse algún otro objeto más valioso para la disminución del sufrimiento? ¿Resulta noble el trabajo cuya finalidad es cosechar especias, y no el de rebajar la cantidad de dolor? Se nos cuenta, con aire triunfal, como si esta fuera una cosa de la que estar contento, que "las Parcas" procederían en una "terrible forma" y que esta manera no cesaría con "la autoindulgente y estéril oratoria"; pero cualquiera que hayan sido los medios, *ha* cesado en un grado considerable, y está feneciendo paulatinamente: cada año la "fórmula terrible" resulta rebajada en una u otra área ¿Resulta comparable nuestro cólera a la vieja peste, nuestros hospitales a las viejas casas de acogida, nuestros talleres al ahorcamiento de vagabundos, nuestras prisiones a las que visitaba Howard²? Es precisamente *porque* hemos tenido éxito en abolir tanto dolor, porque el dolor y su aflicción no nos resultan ya tan familiares como nuestro pan diario, que estamos mucho más sorprendidos de lo que nuestros ancestros lo estuvieron o su colaborador lo está hoy por la porción que permanece de aquél.

Pero, sea lo que fuere el dolor en general, la abolición de la aflicción de dolor por la mera voluntad del ser humano, la abolición, en suma, del despotismo, parece ser, en un grado peculiar, la ocupación de nuestro tiempo; y sería difícil mostrar que cualquier otra edad ha recogido una mejor. Aunque no podemos extirpar todo dolor, sí que podemos, si somos lo suficientemente resueltos para ello, abolir toda tiranía: una de las victorias más importantes obtenidas sobre tal enemigo es la emancipación de los esclavos, y toda Europa se encuentra luchando, con distinto éxito, hacia conquistas añadidas a ella. Si en su persecución perdemos de vista cualquier objeto igualmente importante, si llegamos a olvidar que la libertad no es la única cosa necesaria para los seres humanos, no dejemos de ser agradecidos con cualquiera que nos lo indique, pero no permitamos ninguna vuelta atrás.

Me parece imposible que este país retroceda en el asunto de la esclavitud negra. Existe, por el contrario, un lugar en donde aún florece la tiranía, pero ahora

² John Howard (1726-1790) fue un autor humanitario que escribió *El estado de las prisiones en Inglaterra y Gales*, horrorizado por la situación en las cárceles, y que abogó por una reforma radical de las mismas.

sucede que se halla en serio peligro por primera vez. En esta crisis de la esclavitud americana, cuando va a comenzar el conflicto decisivo entre lo justo y lo inicuo, su colaborador avanza y lanza un proyectil, cargado con el peso de su reputación, contra el campo abolicionista. Las palabras de los célebres escritores ingleses son poderosas al otro lado del océano; y los propietarios de seres humanos, que probablemente pensaron que no había un hombre honesto de su parte entre el Atlántico y el Vístula, darán la bienvenida a tal auxilio. Pondrán a circular su disertación aquellos cuyos intereses resulten así favorecidos, desde un rincón a otro de la tierra americana, y apenas conozco de un acto con el cual una persona haya hecho tanto daño como el que tal discurso supone, y sostengo que por esta actuación se ha convertido en instrumento de lo que cierto escritor capacitado del *Inquirer* ha denominado adecuadamente “una auténtica dedicación diabólica”.